

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 15 DE MARZO DE 1908

NUMERO 11



EL SUEÑO DE LA PRINCESA

CONCLUSIÓN

En un bastión del muro, pendiendo de un garfio, se balanceaba un pergamino, donde con rojos caracteres había estampado su venganza el hada envidiosa.

«La princesa duerme encantada—decía;—cuando las montañas se cu-

bran muchas veces de nieve y el sol agoste muchas los sembrados, un noble cruzará el puente, y con un beso de amor volverá la vida á la princesa: ningún villano sea osado de poner su planta en estos umbrales; dentro encontrará la muerte.»

Las gentes, atemorizadas, hicieron la señal de la cruz y huyeron. Muchas mieses ha dorado el sol de Agosto, muchos cierzos han azotado las frondas del bosque, ya va para dos siglos que siempre al toque de oración los cuervos revolotean sobre la altiva torre del castillo, sobre esa torre que, al mediar la noche, ilumina uno de sus ventanales, mientras la voz triste y doliente susurra en el bosque una trova de amor.

II

En vano trató el regordete príncipe de disuadir á su padre; porque aquí, para entre nosotros, no era el valor su cualidad más preciada; todo lo que consiguió fué que el gran duque hiciese noble al joven cazador para que pudiera acompañar al príncipe dentro del castillo, pues se trataba de despertar á la princesa nada menos.

Escotados por aldeanos que llevaban antorchas de viento, emprendieron, ya cerca de la media noche, la marcha hacia el castillo.

La luna brillaba en un cielo puro, pintando con reflejos de plata la negra fortaleza; llegaron á la entrada del bosque, y allí hicieron alto, prosiguiendo solos el príncipe y el cazador.

El sendero, lleno de malezas, dificultaba la marcha. El cazador, delante, guiaba; el príncipe, temblando, le seguía; cada mata se le antojaba un duende; si en aquel momento la voz de legendario trovador hubiera dado al viento su triste trova, á buen seguro que el príncipe da fin allí mismo de su existencia.

Cruzaron el puente levadizo, atravesaron el blasonado zaguán, y alumbrados por la luna, siguiendo el muro de la torre de homenaje, llegaron al patio de armas.

Ni el más tenue ruido turbaba la muerta soledad; el eco de los pasos, devueltos por los altos murallones, producían un estallido seco y temblón; una ancha escalera se abría sobre una arcada; el príncipe se sintió desfallecer, pero arrastrado por el cazador subió la gradería; no acertaban á pronunciar palabra.

Cruzaron negras estancias, y al volver bruscamente un esquinazo, vieron una vasta crujía que terminaba en una puerta por cuyas rendijas asomaba un hilo de luz.

Temblando se acercaron quedando indecisos; el cazador empujó suavemente la hoja, que cedió, y sosteniendo al príncipe, entró en la estancia.

Sobre una mesa, cubierta por espesa capa de polvo, lucía trabajosamente un cincelado y monumental velón; por todas partes telas descoloridas y desgarradas, maderas carcomidas, ruina y silencio.

Por la calada ojiva de una alta ventana un rayo de luna atravesaba los policromos cristales, pintando sobre la polvorienta alfombra sus colores.

En la penumbra, reclinada sobre un alto sitial, una blanca figura reposaba inmóvil; á sus pies, y en cojines esparcidos por el suelo, se veían otras; parecía un hermoso grupo escultórico, un sueño de Fidas, el emblema del reposo, las hadas de la noche.

Ante aquella aparición el príncipe lanzó un gemido, sus rodillas se doblaron y rodó por el suelo levantando una nube de polvo.

El cazador avanzó hacia el sitial; sus asombrados ojos contemplaron extáticos el blanco rostro de la hermosa durmiente, y sin darse cuenta inclinó el cuerpo, posó sus labios en la marmórea frente de la princesa y estampó un tierno beso de amor y admiración.

¿Cómo explicaros lo que sucedió entonces?

Una inmensa claridad invadió la estancia: mil bujías se encendieron en primorosas arañas de cristal tallado; damas y caballeros, ricamente vestidos, poblaron salones y galerías; la princesa, en medio de lucida corte, se levantó del sitial hecha un ascua de oro, y tendió su mano á nuestro cazador, que se creía víctima de una pesadilla.

—Príncipe amado—dijo,—la vida que me devuelves sólo á ti pertenece, y con ella mis tesoros y mi corazón tuyos son con mi mano.

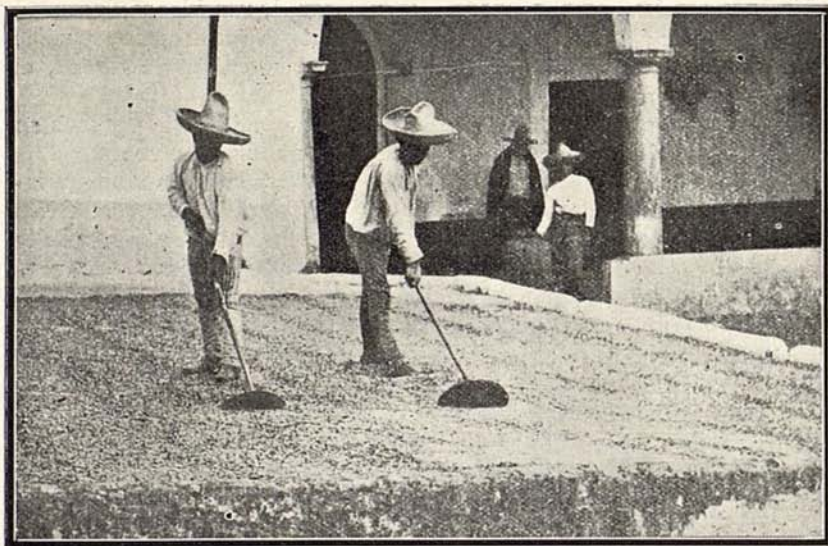
III

No hay recuerdo de fiestas que se asemejen á las que se celebraron en las bodas de la princesa Berta; el gran duque y su hijo volvieron á sus dominios espléndidamente agasajados por Roger, que nunca olvidó que á ellos debía su ventura; en cuanto al príncipe, perdió el apetito y enflaqueció, no perdonándose su cobardía que de tanta dicha le privaba.

Berta y Roger vivieron largos años, y fueron muy felices; y he aquí el cuento, el lindo cuento, queridos amiguitos, que á mi vez, y cuando era como vosotros, me contaron.

FRANCISCO BARRAYCOA





EL CAFE

Cuenta la leyenda que estando un día en cierto lugar de los confines del Yemen un árabe apacentando su ganado, observó que los animales que guardaba comían las hojas de una planta que allí se producía; que, horas después, fueron presas de excitación nerviosa, y que aquella noche apenas pudieron dormir.

El pastor contó lo ocurrido á los frailes de un convento vecino, cuyo padre prior determinó averiguar la causa de este fenómeno. Examinado detenidamente el terreno donde el ganado había pastado, encontraron que los animales habían comido hojas de un arbusto que abundaba mucho por aquellos contornos, el cual daba un fruto de menor tamaño que las judías, y al que hasta entonces no se le había atribuído ninguna virtud especial y determinada.

Llevóse el prior una provisión de granos, los metió en agua que puso á hervir, bebió el líquido resultante y estuvo por espacio de muchas horas sin poder conciliar el sueño.

Al notar el efecto que el brebaje le produjera, su satisfacción fué grande, pues gracias á él podía remediar la tendencia al sueño que algunos frailes mostraban cuando, en mitad de la noche, la campana les llamaba á coro. Resolvió ordenar á los soñolientos, como penitencia, que bebieran la mixtura maravillosa, y desde que esto hizo, no hubo en todo el orbe cristiano convento en donde la comunidad estuviera más despabilada y en que las prácticas piadosas nocturnas se practicasen con más ferviente devoción.

Sea como quiera y débase ó no el hallazgo del café al ganado que

guardaba en los confines del Yemen un misérrimo pastor de ganados, es lo cierto que en donde primero se ha conocido su uso ha sido en la Arabia, allá por el último tercio del siglo xv, y que en los primeros años del siglo siguiente ya sufrió la primera persecución por parte de las autoridades de la Meca, que no veían con buenos ojos el que las gentes se reunieran en algunos locales en donde se expendía el café.

Hacia la mitad del siglo xvi ya lo conocen en Constantinopla, y buena prueba de ello es que existía una casa, puesta y decorada con cierto lujo, en donde se tomaba café y se reunía la gente desocupada para hablar mal del Gobierno, leer versos y discutir de cosas literarias.

Los turcos, que por su religión no pueden beber vino y no tenían, por tanto, las tabernas como lugares de reunión, aceptaron con júbilo la nueva bebida que, además de serles grata al paladar, había que ir á tomarla en locales en los que encontraban amigos y convecinos con quienes cambiar impresiones acerca de los sucesos que á todos interesaban.

Por las grandes relaciones mercantiles que los venecianos tenían con los turcos, es más que probable que fueran aquéllos los importadores del café en Europa. Lo cierto es que la primera descripción de éste la dió el médico italiano Próspero Alpini, á fines del siglo xvi. Dice que lo recogían de un arbusto que llamaban *bon* ó *tau*, y que al cocimiento, que bebían con fruición, le daban el nombre de *caova*.

Unos escritores manifiestan que en Arabia conocían al café por *cahua*, *khawe* ó *cofa*; otros, que se llamaba *cabué* ó *cavé*. Añádese que, tanto los turcos como los árabes, concedían grandes virtudes médicas á esa planta, que de Venecia pasó á Marsella y de allí se extendió al resto de Europa.

El café no se hacía como hoy; verdad es que se tostaba el grano como ahora; pero una vez molido, se cocía en el agua por dos ó tres veces y se tomaba después sin azúcar. La costumbre de añadirle azúcar para corregir su amargor es relativamente moderna, así como también la de mezclarlo con leche.

El uso del café no se ha impuesto sin lucha. Los médicos se dividieron en dos bandos, diciendo unos que era la panacea universal de todos los males, y asegurando los otros, por el contrario, que era causa y origen de una infinidad de enfermedades.

Durante mucho tiempo fué Alejandría el depósito de café para Europa entera; después, los holandeses, yendo directamente á Moka, lo llevaron á Amsterdam, que se convirtió en mercado central de ese producto.

Con muchos trabajos y después de numerosos ensayos se logró llevar plantas de café á América, en donde se propagó con gran rapidez, y entonces dejó Europa de ser tributaria de Arabia en cuanto al café, con lo cual se regularizaron los precios y se aseguró la producción en beneficio de todos.

JUAN ANTON



CÓMO SE EDUCO PILUCA

IX

Para no hacerme un lío, tengo que pensar muy despacio lo que voy á contar hoy. Lo primerito que haré será explicar cómo ha quedado el abrigo del *Sultán*. Lo hicimos, porque la *miss* me ayudó, con paño verde, y le pusimos todo alrededor una cenefa bordada con una trencillita muy estrecha; el dibujo lo hizo la *miss*, y además, ella metía la aguja... pero yo la sacaba. Después la pusimos para atarla un lacito que mi hermano decía que era la corbata. ¡Qué contento se puso *Sultán*!

—Mi hermano se puso también casi tan contento como el perro.

—¡Muy bien, Piluca!—me dijo—¡eres una mujer de provecho! Bien ganado me lo tengo después de tanto como me has pegado. *Sultán* te está muy agradecido... y te pide unas fundas para las orejas.

—¡Ay, no; que son muy grandes, y tendría yo que coser mucho!—dije.

—Mi hermano empezó á reirse de mí, y después me dió un beso, y me preguntó:

—¿Y qué quiere la nena que la compre en pago del *frac* del chucho?

—Un almirez.

—¿Y á quién se lo tirarás?

—No, á nadie. Es que... mira... está mi pobrecita *Baby* comiendo muy á disgusto estos días. ¡Se pueden guisar tan pocas cosas sin machacar!

—Entonces, es muy justo; puesto que tú has hecho una labor para que mi perrito no tenga frío, yo debo contribuir á que tu muñeca no tenga hambre.

Y efectivamente, al otro día me trajo un almirez la mar de reluciente,

y más grande que el otro. ¡Este sí que haría un buen chichón á quien se lo tirase! Pero no lo haré, no. Me ha salido muy buena cuenta con ser buena. Estoy contentísima, y voy á decir lo que he guisado ya. Primero hice arroz con leche; cocí el arroz con un poco de café que me sobró del desayuno, y luego lo machaqué mucho, mucho, mucho; después lo eché en leche y lo volví á cocer; quedó precioso, pero ¡qué pena! *Baby* no lo quiso de ninguna manera, aunque la dí muchos azotes y la regañé de una manera atroz. Tanto me enfadé que iba á tirarla por el balcón. Pero llegó muy á tiempo la *miss*, y me la cogió diciendo:

—¿Qué vas á hacer, *Pilarcita*?

—Pues á tirar á *Baby* para que sepa que es preciso comer. A mí no me dejan que no coma.

—Es verdad; pero tampoco hemos querido tirarte por ninguna parte.

—Porque me hubiera matado.

—También *Baby* se morirá y te quedarás sin ella.

—¡Ah! ¿Se moriría? ¿Y cómo se moriría?

—Rompiéndosela la cabeza que tiene tan repreciosa.

—¡Uy, qué lástima!

—Además, que tú no tenías razón al enfadarte.

—¿Cómo que no?

—Pues porque el arroz con leche estaba muy mal hecho.

—¡Pues si lo he machacado y todo!

—Por eso precisamente. El arroz con leche se hace cociendo el arroz con leche, azúcar, canela en rama y una rajita de cáscara de limón; cuando está cocido, se aparta y se le echa por encima canela en polvo.

—¿Nada más? ¿Y ya no hay más que comérselo?

—Nada más.

—¡Anda; y yo que he machacado tantísimo!

—Sí; y te ha resultado una porquería que la pobre *Baby* no podía comer. Tenías mucha gana de estrenar el almirez, y sin fijarte en las cosas, le has utilizado.

—Bueno; pues mañana haré otra vez arroz con leche de esa otra manera, á ver si me sale bien.

—Ahora da un beso á *Baby* y díla que no la tirarás nunca por ninguna parte.

¡Ya lo creo que se le dí!

¡Pobrecita *Baby*, si la llego á tirar!

Yo creo que tiene razón la *miss*, y que el diablo que tengo dentro no acaba de marcharse.

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





EL ÚLTIMO DÍA DE SAGUNTO

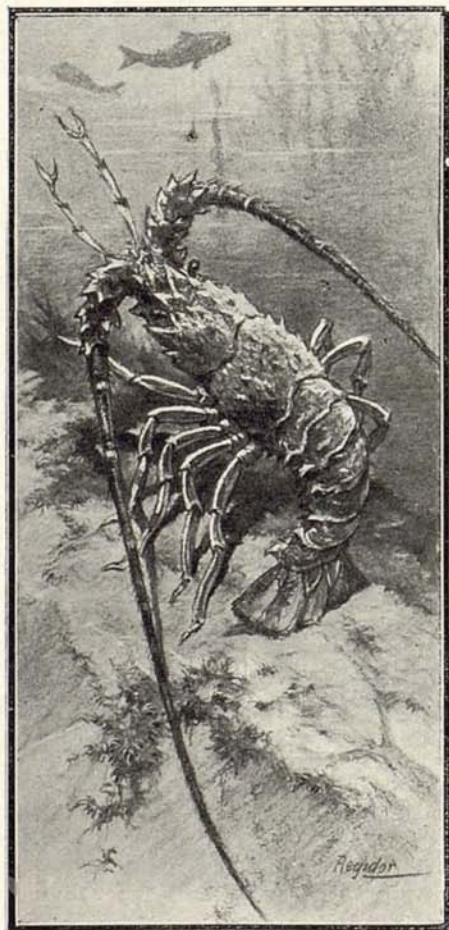
EN la lucha de Cartago contra Roma, el caudillo cartaginés Aníbal puso sitio á Sagunto al comienzo de la segunda guerra púnica. Ciento cincuenta mil hombres atacaban la plaza por muchos puntos á la vez y los saguntinos hacían prodigios de valor en su defensa; pero, perdida toda esperanza, impúsoles Aníbal condiciones onerosas para rendirse. Los saguntinos recogieron todas las alhajas, oro, plata y mobiliario que tenían y los arrojaron á una hoguera, y unos buscaron la muerte entre las llamas y otros atacando desesperadamente al enemigo. Hombres, mujeres, ancianos y niños perecieron antes que entregarse al vencedor, dejando en la Historia esta página heroica del último día de Sagunto, que tan magistralmente ha interpretado en su lienzo el ilustre pintor F. Domingo y Marqués.

LA LANGOSTA DE MAR

Así como la contemplación de las bellotas movió á Don Quijote á narrar las bienandanzas de la edad dorada, del mismo modo, el que una doméstica presentara en la mesa una langosta exquisitamente condimentada fué causa de que uno de los comensales, marino viejo,

refiriera á sus oyentes la extraña y pintoresca manera que usan en Dalmacia para pescar este crustáceo.

—Hallábame—dijo el marino—en la isla de Lissa, situada frente á la costa dalmata, y me hospedaba en una magnífica quinta construída á la orilla del mar, cuando el dueño de ésta, amigo mío y muy aficionado á las ciencias naturales, me dijo una tarde mientras nos paseábamos por el jardín: «¿Te gustan las langostas?» «No hay para mí bocado que le iguale—le respondí.» A lo cual hubo de contestarme: «Pues si quieres comerlas has de venir esta noche á pescarlas...» Yo accedí á su proposición llevado más de cortesía que de otra cosa, pues la verdad, había visto muchas veces pescar langostas, y no comprendía que fuera poética ni entretenida la tarea de sumergir una red de anchas mallas hasta el fondo del mar y dejarla allí toda la noche para volver á la madrugada y sacarla llena de los apetitosos crustáceos. Pero cuando después de cenar me vi en la lan-



cha en compañía de mi amigo y de otros dos vecinos á quienes había invitado, no pude menos de maravillarme. Allí no había red ni cosa que lo pareciera y, sospechando que se les hubiera olvidado tan necesario utensilio, se lo indiqué á mi amigo, el cual, sonriéndose, me contestó: «Aquí no usamos redes, amigo mío; con esto nos basta.» Y esgrimió ante mis ojos un tridente digno del mismo Neptuno. ¡Cáspita!—pen-

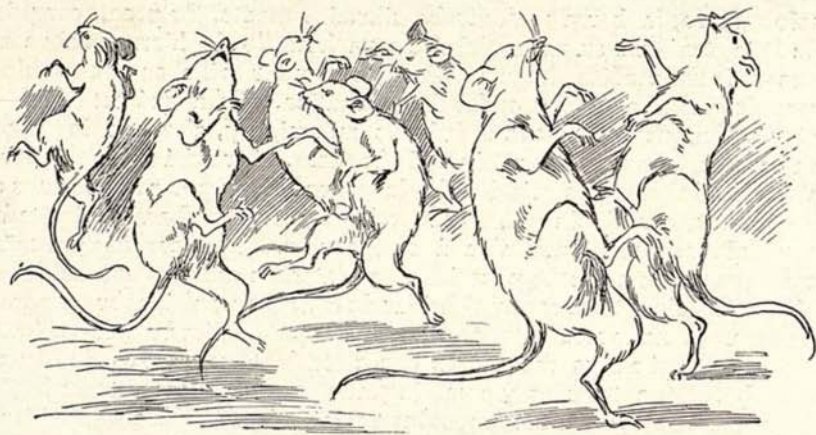


sé—he aquí una nueva manera de pescar langostas. Impulsada por un solo remero, la barca se deslizaba silenciosamente. Su proa, cargada de leña, tenía en su parte delantera un hornillo de hierro, sobre el que ardía una mediana hoguera. A su resplandor brillaban con tembloroso fulgor las apacibles ondas del Adriático. ¿Para qué esta luz?—pensé. Entonces me puse al lado de mi amigo y, clavando los ojos en las olas, comprendí la razón de la hoguera. Merced á su resplandor, el fondo del mar, no más hondo de cuatro brazas por estar vecinos á la costa, nos ofrecía sin velo alguno todos sus secretos. La vista, invitada por tanta maravilla, no sabía á cuál acudir. Aquí era una extraña planta acuática; allí unos pececillos de plateadas escamas que se detenían como hipnotizados por el brillar de la hoguera; allá, sobre ásperas rocas, unos hermosos caracoles de brillante y delicada coloración... De pronto mi amigo me indicó con el tridente un grupo de algas. Medio oculta entre ellas y como jugando con sus largas antenas había una hermosa langosta. A los pocos instantes cayó sobre ella el fatal tridente, y la infeliz, tras de agitarse convulsivamente, murió á nuestros pies... Quedé tan encantado de este género de pesca que no tornamos á la costa hasta que el tridente hizo seis ó siete víctimas, con las cuales mi amigo aumentó su maravillosa colección de crustáceos y yo pude saborear mi manjar predilecto, acompañándolo con buen vino de Dalmacia...

El viejo marino, terminado que hubo su relato, arremetió contra la langosta y, á falta del vino dalmata, roció sus apetitosos bocados con un selecto cariñena, capaz de alegrar la misma melancolía...

José A. LUENGO





EL BAILE DE LOS RATONES

En la mansión silenciosa
de una buhardilla trastera
estableció una familia
de ratones su vivienda.
Una noche, el matrimonio
estaba de conferencia,
y los pequeños oyeron
que hablaban de esta manera:
—¿Y es grave lo de la gata?
—Lleva dos días enferma,
y debe ser de cuidado;
he visto á la cocinera
que se llevaba á la gata.
—¿A la gata?

—En una cesta,
para que el veterinario
que vive enfrente la viera.
—Entonces, de ésta no escapa.
—Ojalá no escape de ésta,
que hace ya bastante tiempo
que amarga nuestra existencia.
Después de estos comentarios
durmieron á pierna suelta,
y uno de los ratoncillos
dijo al que estaba más cerca:
—¿Habéis oído á los padres?
La gata está medio muerta...
—Puede que muerta del todo.
—¿Qué ocasión se nos presenta!

Bajemos á la cocina.
—¿Qué cocina? A la despensa.
—¡Eso!, pero despacito
porque padre no lo advierta,
que nos lo tiene prohibido
con órdenes muy severas.
Y todos muy en silencio
bajaron por la escalera,
y en la cocina se entraron
por debajo de la puerta.
Recorrieron los vasares
y registraron las mesas,
y encontraron muchos restos
de cosas muy suculentas.
¡Qué festín! Los ratoncitos,
ya con la barriga llena,
organizaron un baile
para completar la fiesta.
Pero en medio de la zambra
asomó por la gatera
la gata convaleciente,
y allí se acabó la gresca.
Cuando llegaron heridos
á la buhardilla trastera,
les dijo el padre indignado:
—¡Ay, juventud loca y ciega,
ved lo que pasa olvidando
el deber de la obediencia!

C.



DON PEDRO I DE CASTILLA

Este monarca, á cuyo nombre añaden unos el calificativo de *Cruel* y otros el de *Justiciero*, nació en Burgos el 3o de Agosto de 1334, y sucedió en el trono á su padre Alfonso XI, en 1350.

De carácter fogoso y propenso á la ira, su educación fué muy descuidada en su infancia, que pasó en Sevilla con su madre doña María de Portugal, la cual, desgraciada en su matrimonio, sembró en el alma del príncipe negros pensamientos.

En los comienzos del reinado de D. Pedro, fué su privado, que gobernó despóticamente, el portugués D. Juan Alfonso de Alburquerque, que había sido su ayo.

Posteriormente lograron su favor los Padillas, y ambos bandos, alrededor de los cuales se agrupaban los nobles según convenía á sus intereses, revolvieron el reino con enconadas luchas. Cúpole á D. Pedro en suerte vivir en un tiempo en que la lucha de la aristocracia y el poder real, era una guerra á muerte, y como el poder de los nobles era inmenso, D. Pedro hubo de imponerse por el terror. En esta en-

carnizada lucha hallaba á menudo el Rey á sus propios hermanos en conspiraciones y asechanzas contra él, lo cual excitaba más y más su cólera, y explicaba sus tremendos castigos, que le han valido la nota de crueldad. La consideración de que tales castigos se dirigían contra la nobleza, á la que el pueblo odiaba por su tiránica dominación, granjeaban al Rey fama de justiciero entre la plebe.

La tradición popular le atribuye una porción de anécdotas en las que resulta D. Pedro protector de los débiles y oprimidos, y enemigo de los poderosos. Esta tradición es la que ha acogido generalmente la literatura presentando al Rey como figura interesante.

En realidad, por mucho que se considere la situación en que las continuas maquinaciones de los grandes le ponían siempre, resultará que en repetidas ocasiones obró D. Pedro I no severa sino cruelmente.

A hacerle simpático contribuyó sin duda eficazmente su desgraciado fin. Dueño de la mitad del reino su hermano D. Enrique, riñeron batalla cerca del castillo de Montiel, en la que fué D. Pedro vencido. El francés Duguesclín que acompañaba á D. Enrique, á pretexto de favorecer la fuga de D. Pedro, le llevó á una tienda de campaña donde D. Enrique estaba. Al verse los hermanos, lucharon y cayeron al suelo abrazados, quedando encima D. Pedro. Entonces el traidor Duguesclín púsole debajo, pronunciando las célebres palabras: *Ni quito ni pongo Rey; pero ayudo á mi señor*, y Enrique mató á D. Pedro con su daga. Fué esto en 23 de Marzo de 1369.

Publicó ordenamientos de leyes, organizó la Administración de justicia, fomentó el comercio y la agricultura, y en su tiempo florecieron las artes, construyéndose el alcázar de Sevilla, y se escribieron *El Amadís de Gaula* y el poema del judío D. Sem Tob de Carrión.



MUERTE DE D. PEDRO I DE CASTILLA. CUADRO DE MONTERO

LA GRAN BATALLA



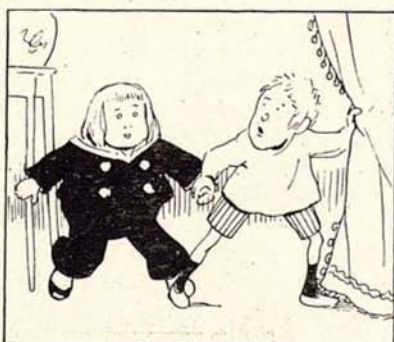
A la hora convenida, llegó Juanito á casa de su amiguito Toñín, que ya le esperaba impaciente.



Toñín se apresuró á decir á su camarada que jugarían en casa, porque hacía mala tarde.



La mamá de Toñín les recomendó que fueran juiciosos, y ambos dieron su palabra de honor.

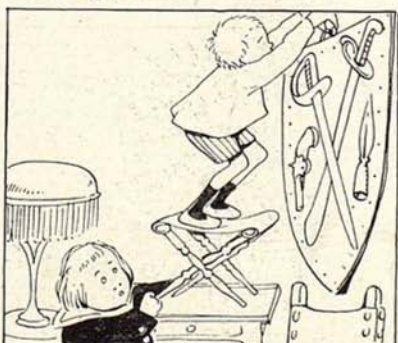


En esto, Toñín tuvo una feliz idea, y llevando á Juanito de la mano, salieron del gabinete.



Con gran sigilo se dirigieron al despacho de papá.

—¡Cómo nos vamos á divertir!



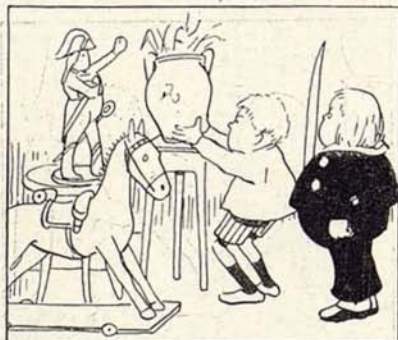
Mientras Juanito sujetaba la bandqueta, Toñín procuraba descolgar la panoplia...



—¡Cataplún! La panoplia se desplomó sobre Toñín y Toñín sobre Juanito...

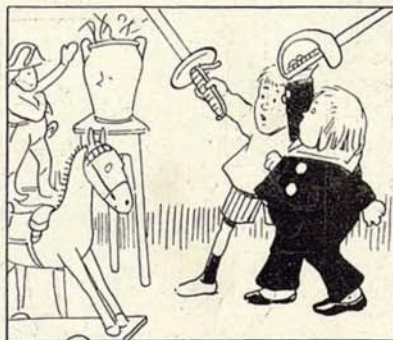


—No ha sido nada—dijo el bravo Toñín á su compañerito;—ven, que yo llevo las armas...

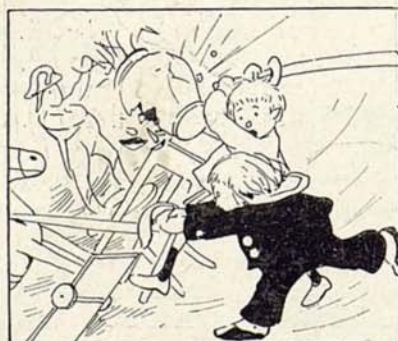


—Vamos á empezar la guerra, éste es el enemigo, ¿eres valiente?

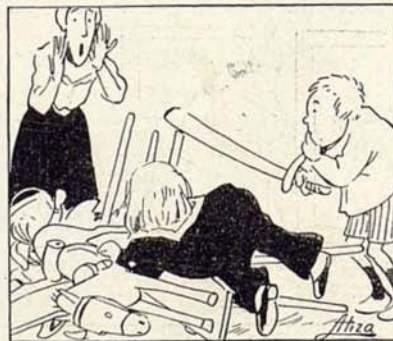
—Sí—dijo con entereza Juanito.



—Cuando yo diga tres, empieza la pelea... ¡Preparados! ¡A la una...! ¡a las dos...!



—... y ¡¡a las tres...! ¡Paf...! ¡paf...!



—¿Pero qué destrozo es éste?
—¡Basta de ba... ba... talla!